

¿UN VICO ATLANTICO DE CONDICION POSTMODERNA?

Por José A. Marín Casanova

Quizá lo que tenga nuestro destino de nuestro y de distinto es lo que tiene de parecido con nuestro propio recuerdo. Al menos así lo entendía Eduardo Mallea e hicimos memoria de ello al estudiar el ejemplar de 1991 del *New Vico Studies**. Ciertamente, la lectura del napolitano siempre nos había recordado el futuro: hacía algún tiempo que veníamos trabajando con la «débil» hipótesis de un Vico «postmoderno», y teníamos la esperanza de que alguna vez ese extravagante supuesto pudiera empezarse a ver confirmado. Y así ha ocurrido, al leer ese número noveno de tan prestigiosa revista. Por eso esta nota quiere dar cuenta del recuerdo de ese destino viquiano nuestro. Pero, con ser ésa la intención principal, antes de ello, para que la mirada no sea en su objeto parcial o sesgada, comenzaremos con la reseña de los cuatro artículos de investigación original que cubren la primera parte del volumen.

Jürgen Trabant en «*Parlare cantando*» estudia el lenguaje canor en Vico y Herder mostrando que la posición sistemáticamente diferente del «*parlare cantando*» constituye la diferencia epistemológica más profunda entre ambos autores en lo que se refiere a la cuestión acerca del origen del lenguaje. En el proceso de humanización el héroe herderiano es Prometeo, lo que significa la lucha contra los dioses, la negación de la dimensión teológica de la historia; mientras que los héroes viquianos son Hércules y Orfeo, lo que significa la lucha contra la animalidad en ayuda de la divinidad. De suerte que la emancipación es entendida por Vico no respecto de los dioses, sino de los animales, y ello dentro del plan de la providencia. Pero sea prometeica o hercúlea y órfica, la invención del lenguaje es para Vico y Herder una invención humana; bien que el *parlare cantando* viquiano aún glorifica a Dios, cuando el *Sprachsing* herderiano glorifica al hombre, quien recrea la creación creándose así a sí mismo.

*Cfr. el sumario de este número del *New Vico Studies* en el apartado de *Libros y Revistas* del presente volumen (N. del E.)

Peter Behrenberg lleva a cabo «Tres exploraciones de la relación entre política y mito: Vico, Cassirer y Blumenberg» con el intento de leer las posiciones de ambos germanos como respuesta indirecta al análisis del napolitano que designaba la esfera política como esfera también del mito. La perversión moderna de esta relación previene a estos dos alemanes de seguir a Vico; ellos, por contra, reclaman el carácter autónomo del concepto político de realidad. No obstante, esa convergencia se bifurca en función de la distinta noción de razón de que ambos se sirven al confrontarla con el mito. La razón se convierte así en la llave de la interpretación: Cassirer se queda con un concepto enfático de razón, resistente al mito; el concepto de Blumenberg, en cambio, se encuentra marcado por la fragmentación melancólica. En cualquier caso, se trata de dos respuestas ejemplares a la cuestión de qué puede alcanzar la razón en relación con el mito, que, sobre todo, confirman la continua importancia de la tercera, la contenida en la *Ciencia Nueva* de Vico.

«La centralidad de la estética en Vico y Nietzsche» es abordada por David M. Parry concluyendo que el rechazo de la verdad a cargo del segundo se debe al rechazo del modelo filosófico de la certeza. Nietzsche es un escéptico respecto de toda ciencia, incluida la humana, puesto que no distingue entre lo humano y lo natural, lo cual a su vez lo lleva a no poder distinguir entre lo cierto y lo verdadero. Su esteticismo sólo le permite preferir una interpretación (la suya) a otra, en virtud exclusiva de su poder creativo, sin que haya fundamentos internos en cuyos términos poder identificar y corregir errores o dar razón de por qué ser un buen filólogo o historiador. El esteticismo viquiano combina lo verdadero como «hecho» con lo cierto de una manera tal que permite crear una cuenta comprensiva del mundo humano sin abandonar la pretensión de ser «verdadero», de ser «ciencia». Vico no olvida nunca la naturaleza universal de la mente humana, de modo que «hace» una historia que puede ser rehecha por otros seres humanos. Vico ofrece así una comprensión que es a la vez verdadera y cierta antes que una interpretación que no es ni lo uno ni lo otro.

«Pierre-Simon Ballanche como lector de Vico» de Arthur Mccalla rescata la figura casi olvidada de este recepcionista de Vico al que descubrió en una visita a Nápoles con Mme. Récamier justo en el mismo año en que Michelet en París comenzaba a leerlo a instancias de Cousin, en 1824. Acusaciones de plagio aparte, lo cierto es que Ballanche tomó extensivamente en préstamo la presentación de la historia romana para su *Orphé*, y particularmente, para la *Formule générale*. No obstante, cabe preguntarse si Ballanche llegó a leer la *Ciencia Nueva* o si se limitó a la lectura de las notas que excerptó su secretario Fossi. A falta de prueba conclusiva es indudable, en cambio, que frente a esta obra, Ballanche consideró que el corazón de Vico se encontraba en la *Sabiduría Antigua*, obra por la que se podía y debía leer toda la *Ciencia Nueva*. Y esta creencia de Ballanche es la que explica que pudiera valerse del concepto de la *Ciencia Nueva* «edad divina de la humanidad» dándole un contenido completamente distinto a su sentido local y creyendo que su uso era auténticamente viquiano.

Pero el grueso del volumen lo constituyen no estos cuatro excelentes estudios viquianos, sino el conjunto de reseñas que pasan revista a la presencia de Vico explícita o implícita en el panorama de las letras del mundo. El ingente número de notas y recensiones sobre artículos y libros dan buena cuenta de la modernidad de Vico: la actualidad de Vico es creciente. En los setenta y ochenta se han fundado tres anuarios viquianos: el *Bollettino del Centro di Studi*

Vichiani; el que revisamos, *New Vico Studies*, y éste en el que revisamos, *Cuadernos sobre Vico*. Este despliegue editorial sin precedentes ha actuado sin duda como catapulta del interés por la filosofía del napolitano. Estas revistas, al menos las dos -«de nobis ipsis silemus»- de más solera, han sido una importante causa multiplicadora del refloreCIMIENTO de Vico. Pero la cuestión del porqué de este reciente resurgir tal vez tenga un alcance mayor, un alcance que engloba a estos proyectos gráficos sobrepasándolos y explicándolos a su vez. Acaso la respuesta estribe en que la modernidad de Vico es ciertamente una postmodernidad.

El mejor aval para el aserto que justifica el título de esta revisión puede ser precisamente la atención que en el volumen que comentamos se presta a tres obras de autores que, por un lado, se tildan o son tildados de postmodernos, y que, por otro lado, no citando jamás en ellas -salvo uno de ellos, que lo hace sólo una vez y de refilón- a Vico presentan argumentos, centrales para su propia concepción, de clara filiación viquiana, a saber: Vattimo, Toulmin y Rorty. Con lo que resulta que, si es verosímil lo que proponemos, Vico y la postmodernidad se peraltan mutuamente, y ello en forma de paradoja, puesto que al parecer las obras de Vico nunca han resultado recepcionadas por los autores del arco postmoderno. Éste es el paradójico círculo: Vico se entiende mejor desde la postmodernidad, y viceversa, la postmodernidad se entiende mejor desde Vico.

Y es que, en efecto, uno de los rasgos definitorios del pensamiento postmoderno coincide plenamente con uno de los rasgos definitorios del pensamiento viquiano: la denuncia del imperialismo de la razón cartesiana, transcendental y *a priori*, abstractamente universalista, logicista y fundamentalista, esto es, exclusivamente -por decirlo en términos del napolitano- «filosófica» o «científica». La postmodernidad y Vico caracterizan con notas distintivas afines aquello a lo que se oponen. Pero también aquello que proponen. Ciertamente es común tanto al pensamiento viquiano como al postmoderno el planteamiento de una nueva racionalidad antes tópica que crítica, antes retórica que lógica, antes situacional y contextual que normativa y constructivista, antes particular e histórica que universal y eterna. La razón viquiano-postmoderna lo es hermenéutica, atenta a la particularidad, a la sensibilidad, a la diferencia. La suya es una lógica «poética» o autoexpresiva, marcada por la certeza de que la verdad no se descubre, no obedece a adecuación alguna, según principios o fundamentos estables e imperecederos, sino que, según guisas y circunstancias, se produce y acaece. En definitiva, y por formularlo en paradoja: el pensamiento viquiano y el postmoderno abrazan una razón que por «creer» en el mito ya no cree en el «mito» de la razón.

Y esa comunidad matricial entre Vico y la propuesta postmoderna queda sellada más allá de las considerables diferenciaciones y matizaciones que se pudieran hacer para resaltar su diversidad. Y es que un pensamiento que se elabora en las postrimerías del siglo veinte para ser viquiano no puede ser desde luego literalmente viquiano. Creemos que los autores de las reseñas que nos han llevado a anotar esa similitud estarían, sin negligir lo controvertido de la misma, de acuerdo en ello. En cualquier caso, y sin afán de exhaustividad, quisiéramos recoger brevemente lo que esos expertos viquianos han puesto de relieve respecto a la cercanía entre Vico y la filosofía de nuestro tiempo de postmodernidad.

Hayden White relaciona «El pensamiento 'débil' de Vattimo y la Ciencia 'Nueva' de Vico» no sugiriendo que Vico anticipara la postmodernidad contemporánea, pero sí considerando que

«hay una similitud genérica entre la autoconciencia epocal que informa el intento de Vattimo de conceptualizar una filosofía postmodernista y la que inspiró el proyecto de Vico de fundar una 'ciencia nueva'». Sobre la base de la común antipatía de ambas cabezas italianas por la Ilustración modernista el profesor de Santa Cruz, tras haber expuesto las líneas fundamentales de la obra de Vattimo que comenta, *The End of Modernity*, observa varios parecidos entre el napolitano y el turinés.

En primer lugar, la común aceptación calmada, dentro de una larga tradición del pensamiento italiano, del nihilismo como la condición normal bajo la cual tiene que ser practicada no sólo la filosofía, sino toda actividad cultural. El nihilismo consumado en el que, según Vattimo, vivimos (muerte de Dios y de la metafísica en Nietzsche, crítica del humanismo en Heidegger) no anda lejos de la convicción viquiana para la cual el nihilismo era la condición bajo la que la humanidad «gentil» tenía que realizarse a sí misma, además de ser el destino que aguardaba a toda civilización pagana al final de su *corso*.

En segundo lugar, la consideración de Vattimo acerca del carácter ficcional de toda experiencia como nuestra única posibilidad de libertad, cumplido el nihilismo, se corresponde con la viquiana historización y relativización de todos los valores culturales y proyectos civilizatorios. Se trata de un distanciamiento irónico frustrante de todo fanatismo y abridor del mundo social a la infinita experimentación.

En tercer lugar, sobre el soporte de la experiencia fabulizadora de la realidad, que hace de ésta una historia desfondada de todo peso metafísico y teológico, una ficción sobre la que se levanta la autocreación humana -apoyada más en el error que en la verdad y posibilitadora de la *pietas*-, «Vattimo puede construir, más bien como Vico, una base para un respeto a la tradición y a los monumentos de culturas pasadas de naturaleza puramente estética -un respeto que no estribaría en una pleitesía dogmática en tanto que está informado por el sentido del carácter ficticio de la naturaleza de ambos, de sí mismo y de sus objetos.»

En cuarto lugar, se da una confluencia entre Vattimo y Vico en la polémica del humanismo. Vattimo rechaza toda fundamentación epistemológica y ética del humanismo, ficción degenerada en mito. El humanismo, como ficción, ha de asentarse en la estética, prosiguiéndose así una tradición de los humanistas italianos consonante con el respeto viquiano por el humanismo. Tanto para Vico como para Vattimo, el humanismo se basa en una mala comprensión de la naturaleza humana, aun cuando a la vez contiene una verdad: que la humanidad es la sola base de todo lo que de peso y valor se le puede asignar a nuestro mundo. Esta característica de error-verdad contenida en el humanismo es congruente con el «pensiero debole» de Vattimo y con la propia concepción viquiana de su «Ciencia Nueva», un órgano que era «científico» sólo en el sentido débil de ser metodológico, y «nuevo» por recuperar un modo de mirar las cosas que el «modernismo» de su misma época había olvidado.

En quinto y último lugar, se encuentra en la concepción de Vattimo de una estética postartística una idea paralela a la viquiana de una ciencia postcientífica. Parte el turinés de que, aun habiéndose mostrada como ilusa la pretensión de concederle al arte la función que antaño ocupara la teología, lo que significa la «muerte del arte», conservamos una facultad estética que proporciona un punto de vista superior al epistemológico o al moral. Y esto más

que deberse a los planteamientos nietzscheanos, obedece -piensa el reseñante- a posiciones más argumentadas que afirmadas por el propio Vico.

En suma, «Es el interés de Vico en teorizar intervalos, los entretiempos y las transiciones de una fase a otra en la vida de la conciencia humana y de la historia, lo que le da sus afinidades más estrechas con los postmodernistas contemporáneos.» Es esto, el intento de ofrecer una alternativa tanto al modernismo como al tradicionalismo de su tiempo, más que la crítica al cartesianismo y su proyección ilustrada, lo que viene a hacer a Vico convergente con el esfuerzo postmoderno. Y es que Vico mostró la impropiedad de la distinción tajante entre moderno y tradicional al mostrar que todo lo tradicional en su momento histórico fue moderno, así como sometió su propia Ciencia Nueva a la restricción de pertenecer a una determinada fase de un determinado *corso*. Y ello produce un pensamiento distintivo que es el que uno tiene en mente cuando uno piensa en lo que Vattimo tiene en mente al hablar del «pensiero debole».

El volumen que comentamos somete a triple revisión una obra clave del pensamiento de orientación postmoderna. La primera corre a cargo de E.E. Jacobitti con su «Entre la *vita activa* y la *vita contemplativa*: la *Cosmópolis* de Toulmin y el regreso a (algunos) conceptos viquianos». El autor justifica su rótulo mostrando cómo, pese a que el nombre de Vico solamente aparece y marginalmente una vez, «éste es un libro en el que todo tiene que ver con Vico». Jacobitti piensa que el intento postmoderno toulminiano de superar la fe moderna, que sustituyó a las convenciones cristianas, en la ciencia, de ir más allá de algunas ideas de la modernidad viene a ser un ir más acá a las ideas de Vico. Primero, la fascinación postmoderna que Toulmin observa por el «discurso», es decir, por la retórica y el lenguaje apela a Vico. Segundo, en el postmodernismo se registra un retorno viquiano a lo particular frente a lo universal que concierne a la cuestión de Petrarca y Vico acerca de cómo uno solo y no todos en general tendría que vivir. Tercero, se aprecia en lo postmoderno una vuelta atrás viquiana a lo histórico y lo local en oposición a lo general: la cultura local, la etnografía, la retórica, el sentido común son temas viquianos ahora revalorizados, al liberarnos del desprecio moderno por lo singular o único. Cuarto, hay en el pensamiento postmoderno y en el viquiano una apreciación de lo temporal frente a lo universal. Y ello, sin embargo de las diferencias -centradas fundamentalmente en la carencia postmoderna del conocimiento y de la conciencia de lo trágico presentes en Vico-, habla de la postmodernidad de Vico.

P. H. Hutton señala la deconstrucción toulminiana del pensamiento moderno para a partir de ella indicar ciertas similitudes entre la reivindicación postmoderna de lo oral, lo local, lo particular y lo temporal con algunos aspectos del pensamiento viquiano. Así la exhortación de Toulmin a buscar la sabiduría tiene el sentido que le daba Vico: la filosofía debe aunar su afán de sistema (cosmos) con las necesidades de la sociedad (polis), ser cosmópolis. Y esto es tornar al contexto, retornar a la historia, como quiso Vico: «La visión de Toulmin sobre la filosofía es una con la que Vico podría haber simpatizado». Y ello aunque hay poco del método viquiano en el acercamiento de Toulmin a la historia, quien, siguiendo la modernidad que rechaza, parece ignorar la consideración viquiana y postmoderna de la relatividad del tiempo histórico.

«¿Una filosofía práctica 'viquiana'?» se pregunta Massimo Cellerino al referir *Cosmópolis*. Para responder a semejante interrogación el autor comienza emplazando la obra de Toulmin dentro del debate postmoderno, respecto del cual considera que el libro supone una contribución

original e importante, siendo «profundamente viquiano, al menos en el espíritu». Toulmin reevalúa la negligida tradición humanista europea y la presenta como solución a la crisis de la epistemología racionalista cartesiana que marca nuestro tiempo. Y aunque no en la letra todos los temas que trata Toulmin (el énfasis en la tradición retórica, en la filosofía práctica, en la racionalidad de disciplinas como la medicina y el derecho) son reminiscentes, en general, de Vico. Ahora bien, «más específicamente, es tal conexión entre el humanismo del Renacimiento y una actitud práctica 'post-moderna' lo que podría calificar la narrativa revisada por Toulmin de la modernidad como genuinamente viquiana». Y esto es lo que comprueba -a juicio de Cellerino- la «actualidad» de Vico en el discurso postmoderno.

Por último, quisiéramos destacar como contribución de este volumen a la cuestión del postmodernismo de Vico la reseña que lleva a cabo J. D. Schaeffer sobre *Contingencia, Ironía y Solidaridad* del pensador que podemos considerar como el más conspicuo representante de la postmodernidad en América, Richard Rorty; si bien -todo sea dicho-, el entusiasmo postmoderno de los comentaristas anteriores no se encuentra presente en este trabajo titulado «Vico y Rorty». No obstante, el propio Schaeffer no puede ocultar los nexos postmodernos de Rorty con Vico: no sólo ciertos temas comunes abogan por la cierta similitud entre ambos, sino que sus propias biografías hasta cierto punto se equiparan, pues los dos autores comenzaron con una filosofía extranjera, ajena a su propia cultura, que, con una crisis morbosa por medio, se dedicarían a contrarrestar, conjurándola en favor de la propia tradición filosófica local a la que han tratado de otorgarle autoconciencia plena contra la filosofía de la Ilustración. Siempre extremando las diferencias de matiz o de intención entre Rorty y Vattimo, maximalismo que no llegamos a creer del todo pertinente puesto que partimos de que Rorty en ningún momento ha pretendido ampararse doctrinalmente en el napolitano al que ni siquiera cita, Schaeffer revisa las coincidencias entre el primero y el segundo haciendo una lectura lineal del libro. Así la primera tesis del mismo es viquiana: la verdad no es algo que se descubra; antes al contrario, se crea, aunque Vico subrayase el lado de la verdad, mientras que Rorty se queda en el de la creación. También la segunda tesis, la que hace apología de la ironía, es de resonancia viquiana -las descripciones son convergentes- aunque de sentido contrario -las valoraciones son divergentes-, pues en el ironismo rortiano «el contraste entre Vico y Rorty no podría ser más fuerte: lo que Vico vio como tropo de disolución y caos, Rorty lo vio como condición permanente y deseable de la sociedad postmoderna». Y en cuanto a la tercera tesis con la que Rorty defiende la literatura como medio de ponernos en guardia contra la crueldad en favor de la solidaridad, de nuevo nos encontramos con un motivo viquiano, si bien, según el recensor, Vico resaltaba el valor pedagógico de la literatura como medio para inculcar la moralidad pública, y no para protegernos de ella como hace Rorty, quien volterianamente rechaza todo apoyo de la religión. Desde luego, Schaeffer no le profesa simpatía alguna a Rorty, pero aun cuando para señalar la disparidad de la terapia, seguramente sin pretenderlo, está demostrando la coincidencia en el diagnóstico entre un postmoderno como Rorty y Vico.

* * *